

Vida cotidiana e implementación de políticas sociales: receptores y mediadores en un barrio del Conurbano Bonaerense.¹

María Cristina Cravino, Marisa Fournier,
María Rosa Neufeld y Daniela Soldano²

Casas bajas, antenas de alta tensión que atraviesan el barrio en diagonal. Bajo las mismas, un descampado, que la cuadrilla del “Barrios” debe mantener limpio. Un recorrido de calles de asfalto permite llegar a las escuelas y al centro de salud, y por ellas circulan, espaciadamente, los colectivos. A la mañana temprano, no hay obreros que salgan a tomar el colectivo, porque no hay obreros. Pero circulan madres de modestísimo aspecto, con alguno de sus hijos en brazos, apresurándose para llegar antes de que venza el plazo estipulado por la manzanera, a buscar la ración diaria de leche. Sólo pasan los chicos rumbo a la escuela, algunos cartoneros madrugadores con sus carros, “los de la cuadrilla” del Plan Barrios Bonaerenses avanzan despaciosamente hacia el pañol, algunas mujeres llevan a sus niños a la guardería de Cáritas, otras se dirigen a “La casa del niño” o al centro luterano. Las maestras llegan a la escuela, algunas en autos que quedan estacionados frente al establecimiento. Un rato después, se abren las puertas de Cáritas. Una fila de mujeres, chicos y viejos espera a que las voluntarias comiencen a distribuir las bolsas de comida enviadas por Cáritas diocesana, o las bolsas del Plan Asoma.

Pasa el tiempo, una calma chicha envuelve al barrio. Por alguna de las calles, se oye el ruido de las precarias herramientas con las que los perceptores del Barrios Bonaerenses desmalezan las veredas de tierra y juntan la basura de las calles. Del flamante centro de salud sale una madre con expresión ausente. En realidad, está furiosa, porque no hay hasta el día siguiente pediatra que pueda atender al bebé, y ella no tiene ni una moneda con la que llegar al hospital. Se detiene, pensando a quién

¹ La presente ponencia se inserta en el proyecto de investigación de área “La implementación de las políticas sociales en el nivel local: transformaciones en la gestión e impactos en los modos de vida de los sujetos receptores en municipios seleccionados del Conurbano Bonaerense” Agradecemos la valiosa colaboración de Viviana Moreno –becaria alumna- en el desarrollo de la investigación empírica.

² Investigadoras-docentes, área “Modos de Vida y Política Social”, Instituto del Conurbano, Universidad Nacional de General Sarmiento

recurrirá, entre punteras, referentes, y la amplia variedad de mediadoras que pueden proveerle el recurso indispensable. Sigue pasando el tiempo.

No hace falta mirar el reloj para saber la hora: sabemos que es el mediodía porque la cuadrilla del barrios bonaerenses toma mate en una esquina, antes de pasar por el pañol para firmar que se retiran. De las escuelas, aún no salen los chicos: están almorzando. Sin embargo, hay movimiento de madres y escolares: son los chicos que concurrirán al turno tarde, y que llegan cuidadosos con el horario, porque a su vez, almorzarán antes de entrar.

Hacia la construcción de un enfoque relacional

En el desarrollo de nuestra investigación sostenemos que la descripción y análisis de las formas de implementación de algunos programas asistenciales (alimentarios y de empleo) exige la construcción de un enfoque que denominamos *relacional*. Partimos del supuesto de que la ejecución de programas asistenciales tales como el Vida, el Trabajar y el Barrios Bonaerenses se inscribe en la historia, el territorio y la red de relaciones que caracterizan a cada espacio social específico. En este sentido, la implementación no implica la incorporación mecánica de los recursos materiales (dinero, alimentos, bienes) a la vida cotidiana de las familias receptoras sino que produce prácticas³, aprendizajes y relaciones. En efecto, en el momento de su ejecución, los programas son resignificados en la interacción entre receptores y mediadores o sujetos clave. Dicha interacción puede pensarse como parte de una serie de relaciones activas, dado que los primeros, aún desde lugares subalternizados, son sujetos que se apropian/ rechazan /reescriben las propuestas formuladas desde ámbitos de evidente mayor poder relativo. Al tiempo que los mediadores deben establecer una serie de distinciones para constituirse y sostenerse como tales. Como puede apreciarse trabajamos a partir de una noción de agente que en tanto dotado de capacidad y cognoscibilidad (Giddens, 1995) aparece condicionado -pero

³ M. Sacristán, en el prólogo del libro de A. Heller, (1985) señala que “*práctica* se debe entender en el sentido usado por Lúkaes: como actividad que no se agota dentro del ámbito de la vida singular, sino que tiene trascendencia social, esto es, específica”.

no totalmente determinado- por el contexto estructural/institucional en el que inscribe sus prácticas.

Nuestra hipótesis postula que la producción de las categorías de “beneficiarios” y “mediadores” tiene lugar en el marco de complejas relaciones de interacción. Asimismo, que existe una relación entre estas últimas y las distintas situaciones o ámbitos de implementación que posibilita vislumbrar disímiles experiencias de subordinación, estigmatización y clientelización, entre otros procesos.

Al mismo tiempo, los conjuntos sociales involucrados no *olvidan* los episodios ya acaecidos, que van engarzándose como *procesos*, en los cuales el haber participado de esfuerzos y acciones simultáneos va constituyendo en los hogares cierta *experiencia formativa*.

La cotidianeidad de un *barrio bajo planes*

En la presentación de esta ponencia intentamos describir, a modo de una viñeta, la cotidianeidad de un barrio “bajo planes”. Sin embargo, no adscribimos a quienes interpretan la cotidianeidad como una serie repetitiva y rutinaria de prácticas. Como señala Agnes Heller (1985:39/40) “la vida cotidiana es la vida del hombre *entero*: en la vida cotidiana se “ponen en obra” todas sus capacidades intelectuales, todos sus sentidos, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos, pasiones, ideas, ideologías...La vida cotidiana es en gran medida heterogénea, y ello desde varios puntos de vista. Son partes orgánicas de la vida cotidiana la organización del trabajo y de la vida privada, las distracciones y el descanso, la actividad social sistematizada”.

El espacio territorial en el que concentramos nuestro trabajo de campo está situado al sudoeste del distrito de San Miguel. Se trata de un asentamiento que tuvo su origen a mediados de 1988 a partir de una ocupación masiva de un predio. En aquella toma participaron setecientas familias provenientes de los municipios de San Miguel, Moreno y otros distritos cercanos. Entre los motivos que las llevaron a asentarse se destacan: la imposibilidad de pagar alquileres y créditos, la necesidad de desplazar su lugar de ocupación desde zonas inundables, la falta de un lugar donde conformar una familia, la expectativa que generó en algunos militantes políticos la participación en un proceso de toma caracterizado por un alto nivel de movilización colectiva, entre otros.

Uno de los aspectos relevantes de la historia del asentamiento alude al importante nivel organizativo con que cada grupo de familias llegó al sitio. Según nos relató uno de los entrevistados: *“cada grupo de gente que venía, venía también con sus referentes...esto traía aparejado que cada grupo fuese en sí mismo una organización”*. No obstante, otras familias se acercaron al enterarse de la toma por canales menos orgánicos, es decir, por comentarios de vecinos o parientes.

Sobre la base de estas experiencias se fueron generando a lo largo de la última década importantes redes asociativas cuyas características fueron variando. A partir de los relatos de los entrevistados y de la consulta de fuentes documentales distinguimos dos momentos. El primero de ellos (1988-1990) presentó como rasgo distintivo el establecimiento de una compleja forma organizativa cuya base territorial fue la manzana. Una vez parcelada la tierra se elegía por medio de voto un delegado por manzana que pasaba a formar parte de un Consejo, que a su vez conformaba la Comisión directiva. Esta última tenía la función de mantener el diálogo con las instituciones estatales, al tiempo que el Consejo de Delegados y la Asamblea funcionaban como organismos de toma de decisiones. De este modo, las acciones en este momento fundacional tuvieron como principal protagonista al barrio, en calidad de actor colectivo en interlocución permanente con una ONG y el gobierno provincial. Si embargo, lejos de una imagen de homogeneidad, este colectivo debe ser entendido como un actor complejo, en tanto se constituyó signado por el conflicto y la lucha entre facciones ideológicas y político partidarias.

Es interesante tener en cuenta el momento histórico en el cual ocurrió este proceso. Mientras los vecinos ocupaban sus días en el zanjeo, la erradicación de basurales y el desmonte, el país fue sacudido por las crisis hiperinflacionarias de 1989⁴ que potenciaron la movilización. Con el objeto de resolver el problema del hambre, en algunos casos con el apoyo de partidos políticos, proliferaron las ollas populares en las esquinas y en las puertas de algunas casas. Se fueron generando distintas estrategias con grados variables de organización: desde los reclamos y emprendimientos de obtención de recursos asistemáticos hasta las peticiones formales a los gobiernos provinciales y municipales. Incluso las prácticas en los saqueos - usualmente consideradas reactivas, caóticas e irracionales - exigieron, en mayor o menor medida algún nivel de planificación de la acción: donde, cómo, cuándo y con quienes ir a saquear.

⁴ 1989 es el año en que se se acelera el proceso electoral que termina llevando al poder a Carlos Menem, culminando el período del radicalismo.

En otros términos, la participación implicó la creación y transmisión de ciertas reglas de juego vinculadas a los procedimientos del “saquear” (acceso a la información, establecimiento de contactos con sujetos claves, circulación de los bienes apropiados), así como el surgimiento de formas de legitimación de estas prácticas – en rigor, extralegales – al interior del barrio.

El año 1990 puede ser pensado como el inicio de la transición hacia lo que denominamos: el segundo momento. Al tiempo que el barrio comenzó a consolidarse a partir de la instalación de tanques comunitarios, la creación de una escuela primaria y de un circuito comercial incipiente, se crearon las primeras instituciones formales barriales (sociedad de fomento y club social y deportivo). Es este año en el que comienza a implementarse el Plan PAIS, a instancias del gobierno provincial⁵ asentándose sobre la estructura organizativa de delegados por manzana. Se trató de un programa que promovía la organización de compras comunitarias, creación de comedores y estímulo de microemprendimientos productivos. A partir de esta experiencia, los delegados comenzaron a relacionarse directamente con actores del sistema político provincial. La resolución de los problemas del barrio se desplazó desde los espacios de las asambleas del cuerpo de delegados hacia otras instancias externas.

En los inicios de la década del 90 comenzó una transformación importante de la estructura organizativa barrial que venía desarrollándose. Con la finalización del Plan País y ante la emergencia de nuevos planes sociales que requerían de una institucionalización formal de las organizaciones, aparecieron las primeras asociaciones civiles creadas a instancias de los programas. Como explica Merklen (1997:167) “los dirigentes de los asentamientos encuentran por primera vez la posibilidad de integrarse a los programas gubernamentales destinados a la problemática social que ellos representan. A cambio de ello las organizaciones fueron obligadas a adquirir un estatuto legal que las convirtiera en representantes formalmente válidos y jurídicamente responsables frente a la burocracia estatal (...) este reconocimiento legal de la representación de las comunidades barriales permite al mismo tiempo al Estado reconocer a los dirigentes y a estos últimos legitimar su rol en el sistema político.”

No obstante, este proceso no implicó la disolución o desactivación de la trama asociativa que venimos describiendo sino más bien la transformación de su morfología y el trastocamiento de la lógica de la red de relaciones. Al tiempo que se inicia este proceso de institucionalización formal de las organizaciones, los dirigentes barriales comienzan a

⁵ El Plan País fue un Programa Provincial impulsado por la gestión de Antonio Cafiero (1987-1991).

desplazar el eje de construcción de su legitimidad. La pertenencia al barrio es instrumentada por éstos con la finalidad de adquirir los recursos provenientes de la política gubernamental, en la promesa de que estos últimos serán distribuidos en el asentamiento. De esta manera quien decide y gestiona son las instituciones barriales constituidas en mediadoras entre el Estado y los vecinos.

Otra de las transformaciones identificadas es la creciente profesionalización y especialización de las organizaciones, fenómeno que aparece como requisito necesario para la gestión de las políticas y recursos sistemáticos provenientes del Estado. En la actualidad, y como correlato de su proceso de consolidación, el asentamiento exhibe un importante entramado asociativo (comedores, guarderías, iglesias, centro de jubilados, etc.) y diversas instituciones públicas (dos Centros de Salud, dos escuelas primarias y una escuela secundaria).

Receptores y mediadores en torno a la resolución del problema de la alimentación.

En el caso que nos ocupa, tal como se desprende de las observaciones y entrevistas realizadas, todos los sentidos, las capacidades y las estrategias que se pueden imaginar, en síntesis, todos los esfuerzos del conjunto social están puestos en pos de una meta central: sobrevivir en un contexto de desocupación y fragilización que ha sido descripto repetidas veces en sus características macro.⁶

Nuestro abordaje investigativo tiene intencionalidad etnográfica habiendo consistido, fundamentalmente, en entrevistas realizadas en contextos *naturales*, en su mayoría no planificadas, y observaciones del funcionamiento barrial e institucional. Hemos tratado, en consecuencia, con *receptores y mediadores*. Sin embargo, no hemos problematizado exclusivamente sus experiencias *personales*. En estas conversaciones hubo siempre un ámbito específico al que se aludió: los grupos domésticos, las familias⁷ y

⁶ Para un análisis de los procesos socioeconómicos de exclusión en la Argentina reciente, veánse Barbeito y Lo Vuolo 1995; Minujín 1995; Murmis y Feldman 1995; Goldbert y Tenti Fanfani 1994; Minujín y Kessler 1995; Beccaria y López 1996, entre otros.

⁷ Dice P. Bourdieu: "La definición dominante, legítima, de la familia normal (definición que puede ser explícita, como en el derecho, o implícita, como en los cuestionarios del INED o del INSEE consagrados a la familia), se apoya en una constelación de palabras, *maison, maisonnée, house, home, household* que, bajo la apariencia de describirla, construyen de hecho la realidad social. Según esta definición, la familia es un conjunto de individuos emparentados ligados entre sí ya sea por la alianza, el matrimonio, sea por la filiación, más excepcionalmente por la adopción (parentesco) y que viven bajo un mismo techo (cohabitación). Algunos etnometodólogos llegan a decir que lo que nosotros tomamos por una realidad es una ficción, construida principalmente a través del léxico que recibimos del mundo social para nombrarla. Y se refieren a la "realidad" (lo que, según su punto de vista no deja de tener dificultades) objetando que una cantidad de grupos a los que se denomina "familias" en los Estados

dentro de cada una de ellas, figuras generalmente femeninas que articulan la relación entre estos grupos familiares y el Estado. Mujeres que aparecen vinculadas a la problemática de la consecución del alimento de forma altamente naturalizada.

Eduardo Menéndez (1992) destaca que la familia/ grupo doméstico es la institución sobre la cual repercuten en forma directa las consecuencias de la crisis y las denominadas políticas de ajuste. Allí se articulan las principales redes sociales. Este autor propone una serie de cuestiones que en nuestra investigación aparecen con fuerza. En primer lugar, que los grupos familiares no han perdido sus funciones, tal como había previsto la expectativa neoevolucionista (tipo "de la sociedad tradicional a la sociedad de masas"). Por el contrario, la familia/grupo doméstico operaría como la microestructura de mayor peso en la constitución de las representaciones y prácticas de los sujetos. En el análisis de Menéndez, respecto del proceso de salud /enfermedad/atención; en el nuestro, serían las familias/grupos domésticos los que articulan un saber construido históricamente, referido a los modos posibles de resolución de la problemática diaria de consecución del alimento y, secundariamente, de otros recursos indispensables para la vida.

También coincidiendo con las conclusiones de este autor, en nuestro caso la división del trabajo intrafamiliar, hace que en los hechos sean "las mujeres" y no "la familia" las que asumen el grueso de estas actividades. Esto no es sólo una iniciativa espontánea – de las mujeres o de las familias – sino que se las ha considerado como principal soporte ante las políticas de ajuste (Menéndez, 1992). Esta cuestión, en términos de la "privatización de la vida" y la responsabilización de las familias más vulnerables por su propia reproducción también fue abordado por Estela Grassi (1998).

Consideramos que una de las prioridades de esta ponencia está puesta en explicitar la centralidad que asume, en la reproducción cotidiana de los hogares de este barrio, la consecución del alimento. Y en esta primera y agobiante prioridad, el papel fundamental que tienen – y han tenido en los últimos diez años – los planes de asistencia.

Unidos actuales, no corresponden en absoluto a esta definición dominante, y que la familia nuclear es, en la mayoría de las sociedades modernas, una experiencia minoritaria con relación a las parejas que viven juntas sin estar casadas, a las familias monoparentales, a las parejas casadas que viven separadas, etc.⁷ Y de hecho, la familia, que solemos considerar *natural* porque se presenta con la apariencia de lo que siempre es así, es una invención reciente (como lo muestran especialmente los trabajos de Aries y de Anderson sobre la génesis de lo privado o de Shorter sobre la invención del sentimiento familiar) y quizás destinada a una desaparición más o menos rápida (como podría pensarse a partir del aumento de las tasas de cohabitación fuera del matrimonio y las nuevas formas de lazos familiares que se inventan ante nuestra vista). (Bourdieu, P. 1994)

Hay dos cuestiones que debemos abordar previamente, dado que delimitan un contexto significativo para lo que intentamos desarrollar: la primera, es un acercamiento a hogares “tipo” dentro de los que reciben asistencia (reciben el Plan Vida por sus hijos menores de seis años, retiran cajas de complemento alimentario en Centros de Desarrollo Social del Promin o participan de los planes Barrios o Trabajar) La segunda cuestión tiene que ver con la restricción de la vida en términos globales implícita en *vivir sin dinero efectivo*, y la forma en que esto incide en la limitación de las posibilidades de búsqueda de trabajo.

La modalidad utilizada dentro de la investigación permite asegurar que las familias a las que hemos tenido acceso⁸ no fueron elegidas para que accediéramos a una selección arbitraria de casos extremos. Consideramos que hay una combinación de situaciones que pueden reconocerse.⁹

Los hombres de los hogares a los que se accedió tienen trayectorias diversas: en algunos casos, han sido obreros textiles o metalúrgicos, pero tras el cierre de las fábricas (producido hace veinte años) se han dedicado a “changas” de todo tipo. En otros casos, son albañiles por cuenta propia, pero no logran trabajar todos los días de la semana, ni todas las semanas. En la gran mayoría, realizan changas en este rubro para otros: parientes u oficiales albañiles de mayor capacitación. En las trayectorias personales de aquéllos con los que fue posible establecer una relación más prolongada, pueden reconstruirse antecedentes de actividades de cirujeo y fabricación de ladrillos en las márgenes del Río Reconquista. Pese a estas diferencias, una cuestión los unifica: el escaso dinero en efectivo que perciben. En algunos casos, éste es tan ínfimo que se reduce a *“en casa no hay ni monedas”*. Los hombres que realizan changas de albañilería, fletes, etc., logran ingresar *“\$50 por una buena semana”, o “es variable...Hay semanas que entra 100\$ o más, y semanas enteras que nada”*.

Las mujeres, en su gran mayoría, no trabajan o se ocupan de manera igualmente irregular en trabajos domésticos. Esto se vincula con la cantidad de niños que hay en cada uno de estos hogares, y con el hecho de que, pese a la existencia de las diversas

⁸ Este acceso se logró, en 1999, por simple “timbreo” casa por casa, buscando perceptoras del Plan Vida, y en el curso de este año, entrevistando a la totalidad de los perceptores del Plan Trabajar (vía Cáritas) en una escuela del barrio, obteniendo datos de los integrantes de cuadrillas del Barrios Bonaerenses reclutadas en el mismo barrio, etc.

⁹ Nos referimos al universo de la población que accede a alguno de los planes. No debe perderse de vista que el tipo de recorte realizado deja fuera a los que se excluyen (o son excluidos) por la focalización propia de cada uno de estos planes, la menor habilidad para lograr acceder a ellos, etc.

guarderías, éstas tienen sus “cupos cubiertos”.¹⁰ Más allá de la importancia que ha tenido históricamente el trabajo doméstico femenino como refugio ocupacional, en estas condiciones, queda fuera del alcance de muchas de las mujeres del barrio, que deben evaluar cuánto queda de las magras retribuciones que perciben por trabajar en las cercanías dejando a sus hijos al cuidado de terceros. Por otra parte, la falta de efectivo dificulta tomar trabajos más distantes y mejor pagos (o sostenerlos cuando el pago del viático actualmente no es una rutina). A lo cual se suma que por las manos femeninas pasa buena parte de la actividad en pos de la consecución del alimento cotidiano.

La mayoría de los habitantes de este barrio padecen diversas restricciones ocasionadas por la falta de dinero. Sintomáticamente, no es posible ver en éste ni bares, ni lugares de entretenimiento, ni almacenes. Cuando no hay dinero para pagar un boleto de colectivo ni una bicicleta en el grupo familiar, el radio en el que es posible buscar trabajo se reduce drásticamente. Y lo que es aún más grave, se cortan las redes que posibilitan el acceso “*al trabajo que pueda haber*”. El no poder salir en busca de recursos, transforma al espacio barrial en lo familiar y conocido – “*aquí conozco a todos, sé a quién recurrir*”, produciéndose cierto efecto de “insularización”. En las historias de muchos de los habitantes del asentamiento, se reconstruyen de estas maneras esas pérdidas:

- Al alejarse de las costas del Río Reconquista, tras las inundaciones de hace diez años que dieron lugar a este asentamiento, muchos perdieron la proximidad a las zonas de las que se extraía barro para fabricar y cortar ladrillos, y debieron buscar otras actividades.
- Otros, en cambio, se distanciaron, en trayectos que no tienen más de veinte cuadras de pequeños contratistas u oficiales albañiles que les daban trabajo.

Este es el contexto en el que adquieren su verdadero sentido los aportes de los planes de trabajo, en cuanto su percepción se vincula con actividades que se realizan en términos generales dentro del propio barrio. Los montos percibidos, asimismo, son similares a los que es posible obtener en un mes de changas irregulares.

La consecución diaria del alimento exige a las familias el despliegue de una serie de prácticas entre las que se destacan la concurrencia a comedores comunitarios. En el barrio existen una multiplicidad de comedores – algunos tradicionales, como los de Caritas o el PAMI, junto a otros de existencia más precaria o efímera: “*tenemos uno acá (Caritas), otro allá, hay otro allá, el de la guardería, después hay otro que es chiquita, y*

¹⁰ Sin buscar casos “extremos”, en el curso del trabajo de campo se van dando múltiples situaciones de hogares con tres o cuatro hijos, pero también algunos en los que se supera la decena.

enfrente hay otro más que de ese se habló muy mal. Y aquél, que es comedor y guardería, hay muchos chicos chiquitos...” Sin embargo, las familias no logran ubicar a la totalidad de sus miembros en las instituciones mencionadas. En palabras de una de las entrevistadas “la falta de comida que hay acá es tremenda...estos comedores no cumplen el rol que tiene que cumplir un comedor para los chicos. Los chicos vienen a comer, comen bien, pero quedan los hermanos grandes, los padres, la madre o una abuela o alguien sin comer, porque no le dan la comida para que se lleven, a algunos tal vez le dan, a otros no...”

Del breve relato histórico que incorporamos anteriormente se desprende que en este barrio los comedores actuales encuentran su antecedente - que funciona modelando culturalmente la experiencia - en las ollas populares que se organizaron en la época de la hiperinflación: *“Yo empecé con las ollas populares, en el `89, después participé del plan País, nos juntábamos con la delegada y hacíamos compras colectivas para el comedor...Ahí empezó a cambiar mi vida, me metí y empezamos a hacer cosas”.*

Asimismo, parte de los actuales protagonistas recibieron la caja de alimentos del Plan Alimentario Nacional (1989-90) o participaron del plan País/ Bono solidario. Queda el recuerdo, hecho experiencia, del contenido de las cajas. La caja PAN era mejor que los nuevos programas alimentarios - dicen los entrevistados- porque traía azúcar, aceite y leche en polvo. En cambio, el Plan País se recuerda porque aportaba dinero en efectivo, que debía utilizarse entre vecinos, procurando de este modo algún margen de autonomía. *“Antes cuando daban plata (con el plan País) era mejor pero había líos y lo sacaron todo” “Recibí el País, es mejor porque ahí íbamos a comprar lo que queríamos. Nos juntábamos los vecinos para ir a comprar. Prefiero planes de este tipo”.*

En el imaginario producido por los vecinos (madres y manzaneras fundamentalmente), la *trayectoria alimentaria* de los niños del barrio continúa, una vez cumplidos los seis años, naturalmente en la escuela¹¹. Pese a que históricamente hubo una fuerte cuestión estigmatizante que vinculaba “comer en la escuela” con deficiencias del grupo familiar, incapacitado de hacerse cargo de la alimentación de su prole, en el contexto del barrio esta marca ha desaparecido. Más aún, el “comedor de la escuela” tiene un lugar destacado en el ranking de ofertas disponibles. En un punto posterior de la ponencia nos

¹¹ Esta convicción no es compartida, de la misma manera, dentro del sistema educativo, en el que se discute esta participación obligada de los establecimientos escolares en las tareas de asistencia de todo tipo, entre otras, la asistencia alimentaria. Se sostuvo durante años que estas actividades restaban tiempo – cosa que efectivamente sucede – de las actividades *específicamente pedagógicas*. Ver Redondo, P. y Thisted, S. 1999

referimos al mismo como ámbito laboral para perceptores del Plan Trabajar. Aquí, queremos destacar que, al igual que los comedores sostenidos por guarderías, es el lugar en el que al menos un grupo de madres logra recrear la cercanía a sus hijos, alumnos de esa escuela o de una guardería en particular.

En los otros casos, el hecho de recibir el alimento en establecimientos distintos, fragmenta al grupo familiar de a dos o tres integrantes, y como ya hemos visto, separa también a *“los que comen”* de aquellos *“para los que no alcanza”*. Esto explica que en las escuelas, al igual que en guarderías y en la misma Cáritas, las mujeres que allí se emplean trabajen *“por la comida”* para sí mismas y para los que quedan en esa desguarnecida retaguardia hogareña a la que hemos hecho referencia. El dinero percibido por los planes de empleo – con su inestabilidad – es algo que se agrega a esta cuestión central: la posibilidad de procurar propio sustento al mediodía, y las sobras que alimentan a maridos enfermos o abuelas discapacitadas.

Entre las observaciones más frecuentes que realizaron las mujeres con las que trabajamos se cuentan las que giran en torno a la ruptura de *la “costumbre de comer en familia”*. En el *“cocinar solo a la noche”* o *“compartir las sobras de la escuela”* confluyen no sólo la imposibilidad de comprar alimentos, sino también el costo de los combustibles, especialmente garrafas, con los que están provistos los hogares del barrio. Eventualmente, ni siquiera sucede esto, por lo que los comedores que atienden niños sirven comida reforzada los viernes y los lunes, sin lograr hacer frente a la gravedad de la carencia. *“Hacemos lo que podemos, nosotros tenemos chicos cupos para 60 y cubrimos 66. Los lunes hacemos comida más cargada porque sabemos que a veces los fines de semana los chicos no comen bien. Los días viernes hacemos los mismo”*.

En este vivir “bajo planes” lo otro que se pierde es lo que hemos convenido en llamar “soberanía alimentaria”.¹² En los términos planteados por nuestros interlocutores, a partir de poseer un trabajo estable, disponer de dinero que permita decidir qué se quiere comer, comprarlo y preparar el alimento.

En relación a la incidencia de los programas alimentarios, el Plan Vida merece un párrafo aparte. En trabajos anteriores, (Andrenacci L., Neufeld M.R y Raggio L., 2000 y Cravino M, Fournier M. y Soldano D. 1999) reconstruimos las características del mismo, centrándonos en las percepciones de los *beneficiarios*. En esta ponencia, nos vamos a interesar por la forma en que la recepción del Plan se inscribe en la vida cotidiana de un *barrio bajo planes*. En primer lugar, debemos destacar, contrastando con lo dicho

¹² Ver ANDRENACCI, L. NEUFELD M. R. y RAGGIO, L. 2000

anteriormente, su característica de mayor alcance. *“Todo el mundo en el barrio lo recibe”. “Casi todas las madres (del barrio) reciben el Vida. Acá hay muchos chicos. Que yo sepa, todos entraron igual. Nadie se queda afuera.”*

En segundo término, las mujeres entrevistadas coinciden en advertir que el hecho de recibir *“leche, huevos, maicena, avena, polenta, arroz, azúcar”* (con predominio de maicena y avena entre los productos secos) es una ayuda pero *“que no alcanza”*. Teniendo a su cargo la difícil tarea de conseguir los alimentos y cocinarlos de modo de *“calmar las necesidades”* de todo el grupo familiar, las mujeres se confieren cierto lugar de autoridad para señalar que los criterios con los que se organiza esta ayuda podrían ser distintos y para decidir algún tipo de redistribución de los alimentos, incluso entre quienes *“necesitan y no reciben el plan”*. *“Haría algunos cambios, lo comentamos siempre con mi vecina (la manzanera) pondríamos más leche ya que ½ litro por día es muy poco. Meteríamos azúcar, yerba, aceite porque vos no podés dar siempre polenta y la maicena llega un momento que no sabés que hacer”*

En este dar y recibir cotidiano, en el acudir por la mañana a horarios regulares – todos los días hábiles – a la casa de la manzanera, en esa relación mutua, diádica y a la vez colectiva, el conjunto de mujeres asistidas es producido socialmente¹³ en “beneficiarias” del Plan Vida, y a su vez, este mismo proceso colectivo produce a la “mediadora”, a la *manzanera y/o comadre*.¹⁴ Toda una gama de distinciones la colocan - aún en el llano - en un lugar *distinto*. *“La manzanera es una de nosotras, comemos lo mismo”*. Sin embargo, manzaneras y comadres fueron elegidas - *“la experiencia me gustó, las vecinas me eligieron por votación”* - , y esto legitima su posición. Posición que supone, entre otros elementos, la posesión de un conocimiento exhaustivo de las mujeres de *su* barrio, y que por tanto, la habilita para decidir una serie de cuestiones estratégicas a partir de *tipificaciones* cotidianas:

- pese a que el Plan Vida sólo reconoce como restricción, dentro del área de cobertura, el ser otorgado a mujeres embarazadas y con niños menores de seis años, la trabajadora vecinal (la manzanera) puede – en ciertos casos – decidir que alguna madre *“está bien”*, o *“vive con sus abuelos y entonces no necesita”*.

¹³ Ver como antecedente de esta elaboración Althabe G. (1984)

¹⁴ El “Comadre” es un programa provincial cuyo principal objetivo es lograr un seguimiento médico del embarazo, parto y primeros meses de vida del niño. Se implementa de manera paralela al Plan Vida ya que éste funciona identificando madres potencialmente beneficiarias, dado un nivel de necesidad determinado. Aquellas que cumplen con los controles médicos, reciben al final del proceso un “ajuar” compuesto por un moisés y ropa para el bebé, entrega que se realiza en el marco de un acto público.

- Igualmente, la tipificación previa de las madres posibilita diferenciar entre las *dormilonas* y *las que trabajan*, volviendo más o menos rígidas las normas respecto de los horarios.

Cuatro años después de puesto en marcha, el Plan Vida tiene un lugar naturalizado, de *rutina necesaria* en la vida de este *barrio bajo planes*. No se discute la eventual intromisión de la manzanera en la vida de las madres vía las tipificaciones y los intentos disciplinadores implícitos. Sí se discute, en cambio, el criterio focalizador. *“El cambio que haría es no sacar la leche cuando cumplen seis años, se tendría que seguir en el plan...con la situación que hay...”*

Beneficiarios y mediadores en torno a los programas de empleo.

En esta sección nos concentraremos en el análisis de dos programas de empleo transitorio: el Programa Barrios Bonaerenses y el Plan Trabajar. El programa Barrios Bonaerenses¹⁵ es un programa provincial de subsidio al desempleo con contraprestación laboral siendo su dependencia institucional el Instituto Provincial de Empleo (IPE). Su población objeto está constituida por jefes/as de hogar de familias sin ingresos, mayores de 16 años, desocupados, que no perciben prestaciones previsionales o seguro de desempleo y que tienen tres o más personas a cargo (menores de 16 años, embarazadas, mayores de 65 años y/o discapacitados) y que, a su vez, residen en los barrios donde se ejecuta el programa. El objetivo planteado en su diseño es el de contribuir al ingreso familiar y ayudar a los jefes/as de hogar a capacitarse para acceder en mejores condiciones al mercado de trabajo.

A nivel organizativo los municipios cumplen un rol fundamental presentando proyectos que deberán ser aprobados por el IPE, y proveyendo coordinadores municipales con tareas de supervisión y materiales para la implementación del programa. Los proyectos presentados deben orientarse a servicios comunitarios en pos de lograr mejoras en el barrio y en infraestructura social y de servicios (escuelas, hospitales, calles, luces, etc.). Asimismo, está contemplado el dictado de cursos específicos en ocupaciones y oficios que brinden mayores posibilidades de inserción laboral a los receptores .

¹⁵ Comenzó a ejecutarse a mediados de 1997. Si bien fue pensado originalmente para un período de dos años, en la actualidad se encuentra extendido hasta el mes de diciembre del corriente año momento de asunción de las nuevas autoridades electas.

La selección de los beneficiarios es tarea de las áreas específicas de cada municipio. En cuanto a las categorías de trabajadores, existen tres: los beneficiarios sin mayores responsabilidades; los capataces que coordinan a 10 beneficiarios (cuadrilla); y los coordinadores e instructores.

El Programa Trabajar tiene características similares al Barrios Bonaerenses en términos de criterios de focalización, pero su dependencia es Nacional y se co-financia con fondos provenientes de organismos multilaterales de crédito. A diferencia del Programa Barrios contempla la promoción de pequeños proyectos de inversión social (construcción de obras de infraestructura social comunitaria) con empleo intensivo de mano de obra. Es coordinado desde la Dirección Nacional de Políticas de Empleo y Capacitación del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Otro de sus rasgos distintivos es que la presentación de proyectos puede realizarse tanto a través de ONG's y organizaciones sociales con personería jurídica, como por iniciativa de los municipios.

Lo que presentamos a continuación es una tipología preliminar que posibilita reconstruir las distintas situaciones de implementación de dichos programas, a partir de la delimitación de los espacios en los que la misma tiene lugar. Analizaremos en cada una de las situaciones el modo en que se presenta la relación entre receptores y mediadores, es decir la morfología específica de relación entre agentes. Desde esta perspectiva pueden apreciarse cinco situaciones típicas: receptores en cuadrillas, receptores en organizaciones comunitarias, receptores nucleados por Cáritas, receptores en instituciones estatales y receptores en cursos de capacitación. En esta ponencia nos concentraremos en el análisis de las tres primeras.

Receptores en cuadrillas

Los receptores de los programas son organizados en grupos de 10 personas aproximadamente, a cargo de un capataz, que a su vez depende de un coordinador general designado por el responsable municipal. Los grupos inician su jornada de trabajo reuniéndose en el "pañol". Este es el sitio en el cual se almacenan los materiales y herramientas, en donde se concentra la información referente al funcionamiento del programa y desde el que parten los receptores para la realización de sus trabajos.

En la modalidad cuadrilla pudimos identificar dos morfologías de relación vinculadas a distintos momentos de la implementación del plan en el barrio. En el primero de ellos el programa tuvo un fuerte protagonismo de distintas asociaciones barriales, quienes actuaron coordinadamente en la formulación de un proyecto que se insertaba en

una estrategia de desarrollo barrial. El municipio, quien centralizó la coordinación del plan, desestimó el proyecto en su totalidad; aunque tuvo en cuenta el listado de “beneficiarios” y la modalidad de elección por voto directo de los capataces propuesta por las organizaciones. Esta situación se mantuvo sólo un año aproximadamente.

En el segundo momento, la estructura organizacional y la autonomía para la toma de decisiones por parte de los miembros de la cuadrilla sufrió transformaciones. A partir de un achicamiento del número de beneficiarios, el municipio reestructuró las cuadrillas, eliminó la elección de los capataces por voto directo y alentó la incorporación de vecinos de otros barrios que no estaban incluidos en el listado original.

Ahora bien, ¿qué tipo de relaciones se construyeron en la situación de cuadrilla a partir de los cambios mencionados? Para responder a esta pregunta es necesario indagar en el nivel de las percepciones y autodenominaciones el modo en que aparecen las distintas posiciones de los agentes. En los relatos de los entrevistados puede apreciarse la constatación de un reposicionamiento de los diferentes actores. Los receptores comunes parecen asumir un estatus de mayor subordinación en relación a capataces que, para mantenerse en sus puestos de trabajo, deben responder crecientemente a las demandas de la coordinación general, independientemente de su contenido. Por otra parte, rige un control directo del coordinador municipal sobre mediadores y receptores. Como dice una de las entrevistadas: *“Antes eran de los nuestros y ahora nos mandan”*. Más adelante veremos como este viraje cualitativo tiene importantes consecuencias en los niveles de clientelización a los que son sometidos receptores y mediadores.

El agravamiento de la subordinación aparece ligado a un trastocamiento de las tareas que se suponía debían realizar los receptores de un programa de empleo es decir: resolver provisoriamente su condición de desocupados y promover mejoras estructurales en el barrio. Sin embargo el pasaje del primer al segundo momento al que nos referimos muestra un cambio que aparece reflejado en las palabras de Juana de 36 años: *“nos dicen que los bonaerenses tenemos que estar allí donde nos necesitan”*. Actualmente los trabajos realizados por las cuadrillas varían de acuerdo a las necesidades municipales (arreglos de diferente tipo en lugares céntricos, asistencia a actos políticos, ayuda en casos de catástrofes, apoyo político partidario -pegado de carteles, asistencia al consejo deliberante, etcétera).

El trabajo en cuadrillas es evaluado por los entrevistados como *“degradante”*, en tanto las actividades que realizan no son percibidas, ni por ellos ni por los otros vecinos como *“un trabajo socialmente útil”* sino como una imposición a la que se debe responder

para no perder la condición de “beneficiario”. De este modo, la situación de subordinación aparece íntimamente ligada a la clientelización creciente. En muchos casos los receptores se ven a sí mismos más como masa de maniobra política que como desocupados legítimamente asistidos por el Estado.

Otra cuestión relevante es la de los riesgos de estigmatización que aparecen potenciados en la situación de cuadrilla. No estamos sosteniendo que el hecho de ser beneficiario conlleve una marca que identifica a la persona que la porta en un lugar indeseable por los otros (no beneficiarios). En efecto, dada la situación de pobreza extrema que signa a todas las familias, el acceso al programa de empleo aparece como una de las pocas opciones, si no la única, de conseguir un ingreso monetario regular. Sin embargo, el ser un “beneficiario de cuadrilla”, es decir, el estar sujeto a la discrecionalidad de las órdenes de los mediadores en un contexto de baja planificación del trabajo y escasa disponibilidad de recursos, es vivenciada por los afectados y visualizada por los otros como cierta “*experiencia de indignidad*”. Cuando los cuadrilleros son desplazados para realizar tareas de muy baja calificación fuera del barrio, esta percepción se agudiza.

Los receptores dicen ser identificados como “*vagos*”, “*chorros*” o sencillamente “*sospechosos*”. Otro tema a tener en cuenta en el análisis de los riesgos de estigmatización es la participación de las mujeres en las cuadrillas ya que se ven obligadas a llevar a cabo tareas clasificadas como masculinas (cavado de pozos, desmalezamiento, traslado de herramientas pesadas, etcétera)

El margen para el cuestionamiento o la expresión de la disconformidad por parte de los receptores se reduce a la queja individual y privada. En el contexto de subordinación y clientelización que venimos describiendo, tanto el planteo enfático personal como la articulación de los reclamos fragmentados en una acción colectiva, aparecen como sinónimos de *exclusión* del plan.

Los capataces, en calidad de mediadores entre la coordinación del pañol y los cuadrilleros, tienden a desactivar el potencial conflicto, presentándose a sí mismos como víctimas de la misma situación. En palabras de Ricardo: *“A veces nos piden que llevemos a nuestras familias a los actos. En el que se hizo en Retiro nos pidieron que vayamos con nuestras mujeres y nuestros hijos, te quieren convencer con una manzana; con lo del hospital pasó lo mismo, no se, vos tenés que ir a poner el pecho y ellos tienen su gente, tienen la policía, ellos tienen su gente,... el pueblo no es el que tiene que hacer de escudo. Pero el intendente es así: si a él se le antoja tirarse del techo, tenés que estar abajo para atajarlo. Yo creo que no tendrían que pasar esas cosas, pero la gente cuida su*

trabajo si no lo hacés te sacan del plan. Yo les digo que lo tomen como un trabajo cualquiera.”

Receptores en organizaciones comunitarias

En el barrio estudiado encontramos dos modalidades de articulación entre los planes de empleo y las organizaciones comunitarias. En una de ellas, los receptores cuentan con una larga trayectoria de participación en la asociación y comienzan a recibir el subsidio por actividades que antes realizaban en forma gratuita. La gestión de estos recursos monetarios es realizada por las instituciones a través de la presentación de proyectos ante los organismos pertinentes. Esta situación les exige una suerte de profesionalización creciente y supone un aprendizaje de las reglas de juego que las induce a adecuar sus objetivos a los requerimientos del programa. A través de este proceso las trabajadoras comunitarias comienzan, formalmente, a constituirse en “beneficiarias” de programas.

Sin embargo, perciben el subsidio como un recurso adicional, un reconocimiento o incentivo por las tareas que venían desempeñando históricamente en la asociación y que, en los casos estudiados, seguirían desempeñando independientemente de su continuidad. En este sentido, en la autopercepción de estas trabajadoras relevamos un mayor énfasis puesto en su identidad como miembro de la organización que como receptoras de un programa de empleo.

En esta situación de implementación la relación de subordinación entre el que otorga el beneficio y el que lo percibe adquiere un carácter complejo y difuso, de difícil discernimiento. En efecto, la posibilidad y continuidad en la percepción del subsidio es asumida por los miembros de la asociación como una combinación entre su propia capacidad de gestión y los recursos disponibles vía los diversos planes sociales. Puede decirse que la relación de subordinación respecto de *un otro* se desdibuja en el desplazamiento de la responsabilidad desde las esferas del Estado al ámbito de influencia de las organizaciones sociales. Otro aspecto que refuerza esta tendencia es el hecho de que en esta situación de implementación no se establece distancia entre los lugares de recepción y mediación, en tanto que todos los miembros son -potencial e intercambiamente- unos y otros.

Distinto es el caso de las personas que llegan a trabajar en estas organizaciones por la mediación de otras instituciones (Cáritas por ejemplo). Estas últimas prestan servicios que redundan en un recurso adicional para las asociaciones. La relación que se

establece entre los miembros de las guarderías o comedores y los *“beneficiarios externos a la asociación”* se asemeja a una situación de contratación (más allá de que la asociación no sea la contratante) Los trabajos que realizan las nuevas trabajadoras consisten en la realización de rutinas diarias de trabajo en mantenimiento y limpieza.

Asimismo, en los relatos de las dirigentes de las asociaciones, las receptoras son visualizadas como *“beneficiarias del programa”* o bien *“beneficiarias de Cáritas”* y no miembros, estableciéndose una diferencia de estatus. En estos términos se expresa la relación de subordinación, es decir, a través del establecimiento de distancias mediadas por jerarquías y disímiles sentidos de pertenencia.

Receptores nucleados por Cáritas

Una institución vinculada a la Iglesia Católica, de amplia trayectoria en *“ayuda social”*, seleccionó receptores y presentó proyectos en el marco del Plan Trabajar, dependiente del Ministerio de Trabajo. Cáritas es una organización central en el espacio de este típico barrio *“bajo planes”* ya que atiende demandas de diferente tipo, apoyando a familias en situaciones de riesgo (incendio de casas, inundaciones, ancianos indigentes que necesitan medicamentos). Es uno de los principales lugares donde acuden los vecinos para resolver sus carencias cotidianas dada la distancia material y simbólica que los separa del municipio. En este vacío, Cáritas funciona como una gran ventanilla, un importante actor de *“mediación”* que recibe y procesa las múltiples y variadas demandas. Los fondos para estas ayudas se obtienen a través de la realización de ferias donde se vende ropa que ha sido donada y otros enseres para el hogar que se confeccionan en un taller que funciona en la sede.

El lugar de trabajo de los receptores, en su mayoría mujeres, son las escuelas públicas del barrio. Allí desempeñan tareas de limpieza, mantenimiento y cocina, complementando las funciones del personal de planta. La remuneración que perciben es algo menor a la de aquellos que se encuentran inscriptos en el Plan Barrios Bonaerenses. Los receptores no estaban insertos previamente en las instituciones. A partir de los relatos de los entrevistados puede apreciarse que su presencia en las escuelas es visualizada como *“necesaria”* para cubrir las necesidades de limpieza y atención del comedor. A diferencia de lo que sucede al interior de las cuadrillas, las tareas que se desarrollan en este ámbito de implementación son percibidas como *“trabajo con utilidad social”*, esto es, no aparecen como una *“excusa”* para la recepción del subsidio. Esto puede vincularse con la existencia de cierta similitud entre éstas y las actividades que realizaban - y en algunos

casos realizan - en el mercado de trabajo, particularmente en el caso de las empleadas domésticas. A diferencia de la situación de cuadrilla, por otra parte, las “beneficiarias” no perciben que las tareas desarrolladas afecten su femineidad. En una de las entrevistas una receptora remarcó esta situación, afirmando haber cambiado del Plan Barrios al Trabajar, a pesar de que los ingresos fuesen menores.

Otro rasgo diferenciador respecto de la modalidad cuadrilla es la existencia de una rutina de trabajo claramente delimitada que hace sentir a los receptores menos vulnerables a la discrecionalidad de sus superiores. La morfología organizacional de esta situación de implementación torna más difuso al *sujeto subordinante*. Esto se hace evidente cuando los receptores son evaluados tanto por medio de los informes de la Directora de la escuela como a través de la supervisión de la coordinadora de Cáritas. De este modo el “empleador”, o el que otorga el “beneficio” no aparece claramente identificado. A diferencia de los receptores bajo Plan Barrios Bonaerenses que ven al municipio como un actor de control cercano de sus acciones, los que se encuentran en el Plan Trabajar -organizado por Cáritas- consideran que ese control tiene un carácter de tipo burocrático.

En relación a la continuidad (o no) en la percepción del subsidio los entrevistados consideran que dos son los factores de mayor incidencia: por un lado, la eficiencia y responsabilidad en el desempeño de las tareas; y por otro, el hecho de estar inscriptos en las múltiples redes de relaciones coordinadas por Cáritas. Hemos hablado con receptores que ante la caducidad del subsidio siguen realizando tareas en forma gratuita (o a cambio de comida) a la espera de una “nueva contratación”. Como ya analizamos hay diversas razones que están en la base de esta transacción de “trabajo por comida”. La misma puede ser vista como una actividad altruista o puede estar mostrando la dimensión de la necesidad: “*estar allí*” les permite llevar algo de comida a sus hogares. Asimismo, las receptoras valoran el hecho de que este trabajo les permite estar cerca de sus hijos y compatibilizar sus horarios con los de ellos.

Otro de los rasgos más relevantes en esta situación de implementación es la centralidad y poder del mediador en la construcción de la categoría de “beneficiarios”. Los receptores hicieron referencia recurrentemente a las “ayudas materiales o en dinero” que reciben de la coordinadora (que a su vez es manzanera) para resolver las carencias de su vida cotidiana. En efecto, la opinión de esta mediadora es central en el proceso de focalización ya que la demanda para entrar a estos planes de empleo es mayor que los cupos asignados. El criterio explicitado para la selección es el de “mayor necesidad”,

evaluado por la coordinadora *“caso por caso”*. Los “beneficiarios” perciben a esta persona en términos de un *“decisor”* que opera siguiendo un criterio imparcial de *generosidad*, cuya aplicación le posibilita juzgar a *“todos por igual”*. En otras palabras, para los receptores, los recursos se reasignan de acuerdo a prioridades: *“leche a los que no reciben el Plan Vida”, “aceite y yerba a los que tiene más chicos... yo ya los conozco a todos los del barrio, y entonces yo se quien necesita más: el que tiene más chicos”*.

Como dijimos anteriormente, la selección de los “beneficiarios” está estrechamente vinculada a la inserción previa de estos sujetos en la red de Cáritas cuyos objetivos fundamentales son la entrega de cajas de alimentos, y distribución o venta de ropa, entre otros. En este sentido, adquiere fundamental importancia la relación existente entre la Iglesia Católica y Cáritas. Si bien esta última goza de cierta autonomía, aquellos que comparten prácticas religiosas católicas tienen mayores posibilidades de obtener información acerca de los planes de empleo y de los distintos tipos de ayuda en general. Tal es así que la Coordinadora, ante reclamos de personas que pedían ser incorporadas, relató *“yo les digo a las mujeres que si asisten seguido a la misa estarían más informadas”*.

A modo de cierre

Estos son los resultados preliminares de un proyecto de investigación en curso. Parte del esfuerzo se concentró en *descotidianizar*, en nuestro propio uso, las categorías con las que desde el proceso de implementación de los planes asistenciales se piensa a los sujetos involucrados. Esto nos permitió comenzar a reconstruir estos fenómenos complejos que vinculan a los conjuntos sociales con los recursos puestos en circulación desde el Estado para asistir a la población en condiciones de máxima fragilidad.

Pudimos ver de esta manera que la relación entre los que son producidos en calidad de “beneficiarios” así como los que se definen como “mediadores”, involucra experiencias que van más allá de lo que se describió tradicionalmente como “clientelismo”. Estas experiencias - modeladas en la historia y la trama asociativa de cada ámbito territorial específico- implican los modos en los que las familias y los grupos resuelven el problema de las carencias cotidianas de alimento, ingreso y trabajo.

Como puede constatarse en este breve recorrido que hemos transitado, las prácticas de los agentes se orientan cotidianamente al acceso y uso de redes por las que

circula la posibilidad de la sobrevivencia. Y en la construcción, fortalecimiento y desactivación de esas redes se actualizan, no solo las formas de la micropolítica local y sus especiales mecanismos de legitimación, sino la producción de una sociabilidad compleja signada por una tensión constante entre solidaridad/reciprocidad entre vecinos (*yo le aviso si me entero, le doy lo que me sobra*) y la sospecha que se instala por creerse o saberse “robado” por el que accedió (o supo gestionar o se apropió) de un bien escaso,

Bibliografía

ANDRENACCI, Luciano, NEUFELD María Rosa y RAGGIO Liliana (coordinadores) Elementos para un análisis de programas sociales desde la perspectiva de los receptores Documento de Trabajo ICO – UNGS, 2000

ALTHABE, Gérard “Promotion symbolique et logiques sociales” en ALTHABE Gérard, LEGÉ Bernard y SELIM Monique, Urbanisme et réhabilitation symbolique Editions Anthropos, 1984

BARBEITO Alberto y LO VUOLO, Rubén La modernización excluyente. Transformación económica y Estado de Bienestar en la Argentina UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1995

BECCARIA, Luis y LOPEZ, Nestor Sin Trabajo UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1996

BOURDIEU, Pierre “Espíritu de familia” en NEUFELD, María Rosa, GRIMBERG, Mabel (comp.) Antropología social y política. Hegemonía y poder. El mundo en movimiento. EUDEBA, Buenos Aires, 1994

BOURDIEU, P. con Wacquant, Löic. Réponses pour une anthropologie réflexive. Seuil, Paris, 1992.

CRAVINO, María Cristina, FOURNIER, Marisa y SOLDANO, Daniela 1999 Los programas sociales en la vida cotidiana: la construcción de un enfoque teórico relacional Ponencia presentada en el Congreso ALAS, Concepción, Chile, Octubre de 1999

GEERTZ, Cliford La interpretación de las culturas. Gedisa Editorial, Barcelona, 1987

GIDDENS, Anthony, La constitución de la sociedad. Bases para una teoría de la estructuración, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1995

GOLDBERT Laura y TENTI FANFANI Emilio “Nuevas y viejas formas de pobreza en la Argentina: la experiencia de los 80” en Revista Sociedad N°4, Buenos Aires, 1994

GRASSI, Estela, “La familia: un objeto polémico. Cambios en la dinámica de la vida familiar y cambios de orden social” en NEUFELD, María Rosa, GRIMBERG, Mabel (comp.) Antropología social y política. Hegemonía y poder. El mundo en movimiento. EUDEBA, Buenos Aires, 1998

HELLER, Agnes Historia y vida cotidiana, aportación a la sociología socialista. Colección Enlace, Grijalbo [1970] 1985

HINTZE, S. GRASSI, E., GRIMBERG, M. Trabajos y condiciones de vida en sectores populares urbanos. Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992

MENÉNDEZ, Eduardo “Grupo doméstico y proceso salud/enfermedad/atención. Del “teoricismo” al movimiento continuo”. Cuadernos médico-sociales, No.59, Rosario, 1992

MINUJIN, Alberto “En la rodada” en Minujín (ed) Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina, UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1992

MINUJIN, Alberto y KESSLER, Gabriel La nueva pobreza en la Argentina, Grupo Editorial Planeta, Buenos Aires, 1995

MURMIS, Miguel y FELDMAN, Silvio “La heterogeneidad social de las pobrezas” en Minujín (ed) Cuesta abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina, UNICEF/Losada, Buenos Aires, 1995

NEUFELD, M.R. y CAMPANINI, S. “Protagonismo político y clientelización”. En GRASSI (coord). Las cosas del poder. Espacio Editorial, 1996

REDONDO, Patricia y THISTED, Sofía “Las escuelas primarias en los márgenes. Realidades y futuro” en PUIGGROS, Adriana En los límites de la educación. Niños y jóvenes del fin de siglo. Homo Sapiens, Rosario, 1999

WOODS, M. “Políticas sociales y redes clientelares en un municipio del Gran Buenos Aires”. Cuadernos de Antropología Social N° 11, UBA, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Ciencias Antropológicas, Sección Antropología Social, Buenos Aires, 1997